

## LA POLITICA Y LOS TOPICOS

El maestro de periodistas y gran escritor Pedro Mourlane Michelena disertaba recientemente en una conferencia sobre el tópico periodístico. Mourlane conoce bien el tema y hace tiempo que le dedicó unos comentarios definitivos. Sus observaciones me indujeron a reunir en breves notas unos cuantos tópicos políticos que en el confuso panorama de ideas actuales descuellan sobre los demás.

El tópico político es atroz y dañino como pocos. Sirve de *cliché* mental a una gran masa de ciudadanos de la propia clase dirigente. Prende y contagia a las gentes más insospechadas por su independencia de criterio. El tópico no perdona. Es la fórmula acuñada sin saberse cómo ni por quién, acaso en un momento de flojera imaginativa, quizá como respuesta improvisada a un dialéctico hábil. Generalmente —como todos los tópicos— es fácilmente asimilado por el entendimiento, aunque su contextura no resista al análisis. El tópico no es, por lo común, patrimonio de ésta o de la otra fracción política. Es ubicuo y se lo encuentra agazapado en diversos y aun contrapuestos sectores. Tal discusión enconada llega a veces al calderón de la coincidencia sobre un hermoso acorde que encierra el más huero de los tópicos.

Elijo cinco que son de mordiente actualidad. Puede que no convengan al tono grave y científico de esta Revista si se mira por el lado doctrinal. Pero ¿es que se puede prescindir en ella de esa cosa viva y ondulante, compleja y varia —como la vida misma— que es la política?

“*No hay hombres.*”

Este es el tópico de todas las desganas; el que sirve para justificar las desdidas propias y los desastrosos resultados de tal cual colaborador. Cuando un ministro fracasa por incompetente, o un gobernador es relevado por torpe, o cualquier jerarquía comete

una falta garrafal, la respuesta cómoda que explica los episodios reza así: "No hay hombres."

—“¿Qué quiere usted que le hagamos si no hay hombres preparados? Es problema de formar generaciones nuevas. Hay que esperar a que surjan. Mientras tanto conformémonos con ir tirando como se pueda.” Así respondía en cierta ocasión a mis observaciones críticas cierta personalidad contemporánea. Pero esta tesis —yo lo sé bien— se halla compartida asimismo por muchos, civiles o militares, que encuentran en ella la clave de menor esfuerzo para entender ciertas limitaciones. Hay que reconocer que se trata de un argumento dialéctico hábil, y que de ser cierto, podría en efecto servir de base para defender una política de plazas limitadas como las de ciertos clubs aristocráticos que tienen un tope para el número de socios.

Pero ¿es verdadera aquella afirmación? En España, ¿no hay hombres para los puestos señeros? O ¿no se los busca deliberadamente? El régimen, ¿se resiente a veces de la escasez efectiva que acusa nuestro cuerpo social o prescinde lisa y llanamente de toda auscultación, autolimitándose las colaboraciones con prejuicios tajantes?

Me atrevo a decir que sí hay hombres. Hay muchos, incluso, para lo relativamente bajo de nuestra densidad demográfica y de la siega implacable de la guerra de liberación. Gentes de condición magnífica, profesionales excelentes, conocedores profundos de los problemas de nuestra economía, de nuestra técnica, de nuestra estructura social... ¿Quién no se los tropieza día a día en la cotidiana relación? No pretendo atribuir a cada uno de ellos condiciones de mando o de gobierno, pero creo que muchos cientos, miles de hombres utilísimos, sólidamente preparados, con aptitudes sobresalientes, esperan solamente la llamada, la invitación o acaso sencillamente la sugerencia que un propósito de ambiciones nacionales bien definido pueda despertar en su idiosincrasia.

Si es verdadero el axioma que define como esencial condición del hombre de Estado la de saber elegir sus colaboradores, la de “saber rodearse”, no es menos importante la verdad de que toda revolución o régimen político se mide en definitiva por los hombres que ha producido o revelado. Un sistema que aspira a reno-

var profundamente la vida nacional no puede prescindir de este alumbramiento de los valores inéditos.

No pienso en éste, ni en aquél, al enfrentarme con el tópico de "No hay hombres".

Ni mucho menos quisiera que se entendiese peyorativamente lo que escribo en el sentido de que no haya muchos y espléndidos en el escalafón oficial vigente.

Pienso en la fórmula estereotipada negativa que luego cunde y se repite de boca en boca para aliviar preocupaciones o responsabilidades. Y me digo: ¿No hay hombres bastantes o es que no se los busca? Porque a veces hay que salir para encontrarlos a las esferas privadas de la profesión o del negocio; a la intimidad de la consulta o de la cátedra; al recato del laboratorio; a la clausura de un despacho u oficina; al duro trajinar de un taller o de una obra pública. Y allí, enfrentándose con la responsabilidad del trabajo, esforzado y áspero, se labran personalidades de valer considerable. Ellos forman la urdimbre de la economía, del trabajo y de la vida nacionales y a ellos hay que volver los ojos con un buen criterio de discernimiento y selección cuando nos tropecemos en labios de un interlocutor con este primer tópico de nuestra política contemporánea: "No hay hombres".

### *Cuando vuelva la normalidad...*

Este amigo os detiene en la calle e inmediatamente cambiáis con él unas palabras. Habláis de proyectos, de propósitos; imagináis futuros, profesionales o sociales. Y, de repente, se aplaza el discurso para intercalar un: "Cuando vuelva la normalidad..." que cierra los vuelos del deseo con una limitación precisa en el tiempo.

"Cuando vuelva la normalidad..." He aquí un tópico de amplísima validez. Lo utilizan hoy el comerciante y el industrial; el artesano y el hombre de empresa para referirse a tiempos de mayor estabilidad que se añoran y esperan. Considerada así, hay que reconocer que es lógica y fundada la expectativa. Un abastecimiento normal de primeras materias; un tráfico fluido de mercancías; la corrección del desequilibrio entre precios y salarios; la supresión de trabas y coerciones reglamentarias. Todo

ello en mayor o menor medida se alcanzará algún día, pasado el conflicto mundial y la secuela de sus consecuencias. Volverá una relativa normalidad, sin duda. Aunque sus bases y principios difieran bastante de los que en la anteguerra regían en los mercados del mundo.

Pero son muchos los que aplican esta legítima nostalgia a no sabemos qué Arcadia política perdida, y hablan también de vuelta a las normalidades de antaño. En el orden nacional y en la esfera internacional. Por lo visto hubo un óptimo de ventajas y de bienestar en ciertas etapas de los años antepasados. Y a ellos se dirige el anhelo de tantos burgueses y varones sesudos cuando la dificultad de adaptación a los usos actuales les obliga a evadirse de las duras realidades presentes hacia la evocación retrospectiva y placentera.

El tópico no es, ciertamente, nuevo. Casi lleva siglo y medio de vigencia en nuestra política. Desde 1814, en que empezaron los "persas" a pronosticar la "vuelta a la normalidad" como remedio de males, unos y otros deseaban el restablecimiento de lo anterior considerándolo como el *statu quo* definitivo. Luego, en 1820, fueron los liberales los que restablecieron la "normalidad" alterada, y restablecida ya, infinitas veces; en 1833, en 1836, en 1841, en 1843, en 1854... Cada uno de los cambios era una normalidad resucitada y otra abolida. Pero la orientación política de España llevaba un rumbo indefectible a través de los altibajos, y ninguna normalidad se restablecía, en realidad, sino que el proceso revolucionario y liberal seguía, ininterrumpido, su marcha hacia adelante.

¿Cuál es la normalidad a que quieren o piensan volver los que la invocan ahora con tanta frecuencia? En los años recientes se puso de moda este tópico al advenir el golpe de Estado de 1923. Lo reinventaron y propagaron en tertulias y cafés los políticos reducidos al ostracismo por el dictador. Venerables ancianos y honorables caballeros repetían machaconamente que era preciso volver a los cauces normales, de los que nunca se debió salir. La normalidad era para ellos, por lo visto, el asesinato de Dato y del Cardenal Soldevilla; las huelgas y el *lock-out*; el pistolero barcelonés y la anarquía de la Asamblea de Parlamentarios o de las Juntas de Defensa. En 1930 se restableció la "nor-

malidad", y como siempre ocurre en estos casos, la realidad saltó sobre las doctrinas y se proclamó la República.

A ocho años de distancia de 1936, con una postguerra interior de por medio y las proyecciones incalculables de una hecatombe universal en curso, ¿quién puede en serio, ni aun en hipótesis, hablar de retornos a la normalidad? ¿Qué joven español de entre veinte y treinta años entendería hoy semejante frase? Ni para un hombre de izquierdas tendría sentido ahora la normalidad republicana de 1935, ni para un monárquico significa gran cosa la normalidad de 1930. Los tiempos trajeron exigencias y problemas nuevos. Afrontarlos con entereza es deber de los que aspiren a moldear en cauces perdurables la vida nacional. La "normalidad" no vuelve nunca. Y en el orden exterior, internacional, basta con leer las apasionantes páginas de *Conditions of Peace* —tan oportunamente publicadas como anejo en el último número de esta revista— para comprender lo que ha de subsistir de la espléndida normalidad victoriana o versallesca después de que acabe la contienda, en la hipótesis de un triunfo militar anglosajón. Excusado es añadir que en el caso contrario —triunfo germano o triunfo ruso— el orden establecido sería derribado con mucho mayor estrépito.

### *Virginidad en política.*

La virginidad, pudorosa de contactos, es otro achaque frecuente en los tiempos que corren. Decimos achaque para no calificar de virtud lo que no pasa de ser una supuesta habilidad dialéctica, una "postura" en el juego de las contingencias.

No confundimos esta actitud con la franca o rotunda posición de incompatibilidad o de discrepancia, adoptada por motivos nobles y radicales. Nos referimos a quienes, en cambio, oscilan del colaboracionismo republicano frenético al desgarrar de vestiduras, fulminando anatemas contra todo aquel que mancha su castidad política al contacto del Poder y del Estado, en cualquiera de sus formas.

La virginidad política, que se traducía antaño, en tiempos de la Restauración, en las "honestas distancias" de D. Cristino Martos o en el sacudimiento de la levita de D. Francisco Silvela,

adolesce hoy de una absoluta falta de eficiencia en orden a la opinión pública, debido a la quiebra del fundamento que le servía de base: el *fair-play* o turno de buena fe, del Estado liberal y parlamentario. Partiendo de este axioma, una de las reglas del juego podía y debía ser la virginidad, el apartamiento, la no-colaboración, encaminados exclusivamente a recoger una gran parte de la opinión popular enemistada o enfrentada con un Gobierno, o con un régimen. Pero hoy día, que se halla en plena crisis la concepción democrática y liberal del Estado, ¿cabe practicar aquella política sin riesgo de caer en una lastimosa y pueril actitud de espera imposible a un giro de la opinión nacional que nunca ha de llegar?

Viniendo al caso de España, nos es dable preguntar, en el abismo infranqueable que separaba al bando nacional del bando rojo en julio de 1936, y más aún, en abril de 1939: ¿cree nadie que había resquicio suficiente para intentar distingos sutiles que autorizasen "honestas discrepancias"? Por ventura, ¿dejará de ser clasificado en uno de los grupos quien, perteneciendo a él esencialmente por su formación y doctrina, se diferencie en matices de interpretación o de táctica? En política, quien discierne el título y confiere la calidad es el ataque del adversario. Aquello de Schmitt de que la política gira en torno al concepto de amigo y enemigo, viene a ser esto mismo, dicho en otros términos. Y el enemigo, que era en este caso duro, tenaz y fanático, sabe muy bien —tan bien como nosotros mismos— cuál es el límite y cuáles las fronteras que abarca lo que él quiso estrangular con sangre, desde el Poder usurpado, en la madrugada del 13 de julio. Por eso nació y estalló el Movimiento de 1936. Por una necesidad biológica, vital, de la sociedad española acorralada por la anarquía gubernativa y amenazada de muerte. La obra de salvación fué conjunta, colectiva, como defensa que era de un inmenso patrimonio común de valores y de tradiciones seculares. Y este pro-indiviso rescatado de la barbarie continúa siendo lo más sagrado de cuanto hoy tenemos y gozamos. Gracias a él, sin ir más lejos, en cuanto afirmó las bases de una política independiente, España conserva todavía la paz en medio de la catástrofe del mundo.

¿Virginidad? ¿Colaboración? Nadie del campo nacional que no haya perdido el sentido de las realidades puede desentenderse

del Movimiento, de la Cruzada y de sus consecuencias actuales. Hacer remilgos a un Estado cuya conquista costó tanta sangre es por lo menos inelegante, si no fuera además un gesto de huería ineficacia.

*Solución de continuidad.*

Es terrible el afán español por quebrar la línea de nuestra vida política en soluciones de continuidad. Cuando una tendencia disgusta, o determinadas formas contrarían nuestro pensamiento y deseo, la reacción inmediata consiste en imaginarse quiebras absolutas que signifiquen una falla en la tectónica política y social. Tabla rasa y vuelta a empezar. Cuando se critica, la censura lo tiene que envolver todo sin excepciones. Y las panaceas de salvación también abarcan la totalidad del panorama. Con equipos completos de recambio, por supuesto, e inversión de las posiciones vigentes.

Y, sin embargo, la continuidad es la esencial condición política de un Estado. Continuidad en los principios, en las grandes líneas de la ambición exterior, en la defensa de los centros vitales neurálgicos del instrumento de poder. Sin ella no hay Imperio, ni nación siquiera que resista el embate de los años. Por mantenerla, en cambio, sobreviven al cabo de siglos y contratiempos, construcciones de arquitectura tan compleja y sabia como el Imperio británico, basado sobre una tradición de minorías cerradas, verdadera aristocracia política, que conserva con cuidadoso celo, inspiraciones y propósitos que datan del tiempo de Cromwell, de Pitt el viejo, o de Drake. El Almirantazgo, la expansión comercial, los problemas coloniales, la política europea o asiática se mantienen en una trayectoria de continuidad perfecta. A través de crisis gubernamentales, cambios de gobierno, victorias y derrotas, los principios fundamentales de la política británica son los mismos desde hace doscientos años. De ahí su inmensa fuerza y su permanencia.

Y en otro terreno, tenemos el caso de la Rusia comunista, heredera directa de los sueños de Pedro el Grande y de los Romanoff. Y la Francia republicana, que forja el Imperio colonial africano que iniciaron Carlos X y los Orleáns, y continuó Napo-

león III. Y el ejemplo maravilloso del Ejército alemán de 1918, historiado por Benoist-Mechin en su famoso libro, fiel intérprete y guardador de una tradición secular que conserva y defiende soterradamente bajo la algarabía democrática y pacifista de la República de Weimar. Pero con la complicidad más o menos abierta de todos los grupos políticos alemanes coincidentes en aquel principio: espléndida lección de continuidad.

Esta fidelidad perenne a unos objetivos de política interna o exterior se traduce también en otro aspecto importante: la continuidad de los hombres. Me refiero, sobre todo, a las altas burocracias, soporte humano de los Estados. Porque, evidentemente, los organismos-claves están en cada una de aquellas potencias regidos por hombres compenetrados de su altísima misión. El Foreign Office, el Intelligence Service, el Quai d'Orsay, el Alto Estado Mayor Alemán, lo forman clanes de hombres consagrados a un propósito de altísima trascendencia por encima y por fuera de las contingencias políticas internas, con la inmensa ventaja de su inamovilidad y de sus tradiciones lejanas. Las altas burocracias no se improvisan. Se forjan en la dura y lenta escuela del aprendizaje cotidiano y difícil. Por eso, cuando un Estado nuevo surge de las ruinas de una guerra, como por ejemplo, Polonia en 1919, su burocracia la formaron altos funcionarios zaristas, prusianos y austríacos, porque no había otros de que echar mano.

Doble es, pues, la necesidad de evitar las grietas en la vida de un pueblo. En orden a los fines que su política se propone y en lo que se refiere a los hombres de la clase dirigente estatal. Cuando, como en el caso de España, una terrible guerra interior, impuesta por la necesidad vital, hiende en dos mitades al Estado español y siega implacable la existencia de muchos de los mejores de aquéllos, las soluciones de continuidad con que bastantes españoles de hoy se alimentan en sus divagaciones como tópico favorito, claman al cielo como auténticas fórmulas demenciales encaminadas al suicidio político de nuestra Patria.

### *El catastrofismo.*

Y llegamos al último de los tópicos: el catastrofismo. *Last, but not least*, diremos para encarecer su trascendencia. Apenas

habrá un lugar de España o un sector político, social o económico donde no se encuentre al pesimista agorero que anuncia catástrofes irremediables para plazos próximos.

Librenos Dios del optimismo panglossiano que en esta hora negra del mundo —“hora et potestas tenebrarum”, diría Maurras— sólo considere risueñas perspectivas de felicidad y bienandanza. No, no. Si existiera tal insensato a lo largo y ancho de nuestra Península, sería preciso sacudir su pereza y embotamiento mentales para hacerle ver la realidad en su desnuda dimensión y los peligros ciertos que nos amenazan.

Pero la actitud del catastrófico es otra bien distinta: a su juicio, el mal es irremediable, y dado que no tiene curación ni esperanza en la órbita fatal de los acontecimientos, no hay sino lamentarse de lo que “se nos viene encima”, fórmula vaga que engloba a los cuatro jinetes del Apocalipsis en su versión mecanizada de nuestros días.

Después del diluvio, lucirá otra vez el sol. He aquí el mísero consuelo que los catastróficos ofrecen a sus oyentes. Porque este diluvio es en su mentalidad una de esas experiencias que por lo visto conviene que hagan los pueblos para no volver a las andadas. Oímos algo de esto también durante la República, y la “experiencia” se frustró, y nos costó bien cara. Aparte de lo infantil y ridículo que resulta esta manera experimental de considerar la política de los Estados.

El catastrofismo no se compadece bien con nadie que haya sentido y cooperado con el Movimiento de julio. Pues qué, ¿no teníamos acaso en aquellos días iniciales bien pocas y quiméricas esperanzas? ¿Qué hubiéramos hecho con los catastróficos en aquella hora? Hubo coraje, decisión y valor. Y, sobre todo, hubo fe. Fe en Dios y en España. Con ellas se pasó el Estrecho, se unieron los ejércitos de Extremadura y se triunfó en todas las batallas. Y ahora, con la paz interior ganada a tan costoso precio, con la paz exterior mantenida a través de las peores encrucijadas, con un Ejército joven y unido, con una normalidad lograda, con una economía en recuperación, ¿se quiere que nos pongamos a gemir llantos histéricos sobre no sabemos qué tremendas desgracias que nos van a ocurrir?

Con augures sombríos nunca se hizo una gran política. Por el temor a castigos apocalípticos es posible que los pueblos se con-

viertan a veces al temor de Dios, pero por la amenaza de males sin cuento, debidos en definitiva a la fidelidad a unos principios por los que se inmolaron millares de vidas, no creemos que se consiga sino el desprecio integral hacia las cornejas que los pronostiquen.

Frente al catastrofismo, alerta al enemigo y confianza en nosotros mismos. "Gobernar —se ha escrito alguna vez— es algo arrogante, reñido con todas las humillaciones." Y no hay que olvidar tampoco la frase definitiva en que Bonaparte condensó la quintaesencia del hombre de Estado, del político, cuando afirmó, frente a los catastróficos: "Un gobernante es sobre todo un mercader de esperanzas."

JOSÉ MARÍA DE AREILZA.